

## LOS MURALES DE ALARCÓN.

“... los colores, todos los colores,  
los de la tierra y del aire...”  
José Saramago.

Conocí, como Director General de la UNESCO, el proyecto de Jesús Mateo en la sede de París, en enero de 1997. En esa ocasión comprobé la emoción y entusiasmo mostrado por el joven pintor y su compromiso de implicación con una obra tan incipiente como descomunal. La UNESCO otorgó su patrocinio en diciembre de este mismo año, por entender que se trataba de un acontecimiento artístico de gran calado, absolutamente inusual. Un pintor, en la más completa de las soledades, se embarcaba en una aventura que recordaba las empresas artísticas del Renacimiento. Una aventura llena de riesgos por el entorno en que se desarrollaba la obra, por la ausencia de participación institucional y por las propias características del “lenguaje” de Mateo.

Después de 6 años de intenso y febril trabajo, la obra ha llegado a su final y, también, a su principio. Increíbles formas primarias invaden los paramentos y la bóveda de la inmensa iglesia herreriana. Una conjunción de millones de colores nutren las “formas sin fin” – como definía Charles Darwin a la vida – que vertebran toda la armadura de la obra. Un trabajo pictórico, ajeno a la convención y a la norma, que ha utilizado sabiamente el soporte del muro para fundirse en la arquitectura.

Como escribí en aquel momento, “en una antigua y desacralizada iglesia del siglo XVI se ha acogido un proyecto vanguardista donde lo religioso y lo profano dialogan”. La Organización se aprestaba a ofrecer la tutela, protección y difusión del patrimonio cultural, natural, ético... que constituye una de sus misiones fundamentales. En la cosmovisión reflejada en la iglesia de San Juan Bautista se unen lo vegetal, lo animal y lo astronómico. Células, espacios celestes, meteoritos, constituyen magmas originarios, cábalas sobre las raíces de la realidad presente. Al cartesiano, “pienso, luego existo”, debemos añadir – como ha reclamado, sobre todo, la sensibilidad africana – el “siento, luego existo”. Estas abstracciones, siluetas, trazos, signos, símbolos, nos hacen sentir

y nos conmueven. Transparencias, sombras, luces, todos los tonos del arco iris, originan nuevos puntos de referencia en el firmamento humano. Toda creación es ruptura que construye a su vez, en continua evolución, un nuevo marco e ilumina nuevos e inéditos caminos.

Los seres humanos, capaces de toda desmesura, capaces de pensar y reflexionar, son los "ojos del universo". Sin ellos, todo hubiera permanecido ignoto. La facultad creadora distintiva de la especie humana es nuestra esperanza. Es la desmesura excepcionalmente bien representada en los frescos de Alarcón. De tal modo es el arte que reviste este espacio que quienes lo contemplan se convierten, ellos también, sin pinceles ni lienzos, en artistas, en magos de trazos y colores.

Cosmogonía agónica con frecuencia, pero con señales inequívocas de amanecer, de promesas de soles presentidos, todavía ocultos. De constelaciones vivas, en un gran crisol de fusiones y amalgamas.

Como ha escrito magistralmente Francisco Brines en relación a esta macroobra pictórica, "el hombre sigue haciéndose la misma pregunta auroral y temblorosa". A la meditación sobre lo invisible ha sustituido en la iglesia de San Juan Bautista la meditación sobre lo visible. Sobre lo que se intuye más allá de lo visible. Sobre la semilla y el tallo trémulo. Sobre el compromiso de fructificar y ser, cada uno, uno mismo, buscar permanentemente respuesta a las cuestiones esenciales, y mantener ágiles las alas de la libertad, de la defensa, pacífica pero firme, de nuestros pensamientos y sentimientos.

Un joven pintor, tenaz en la puesta en práctica de su sueño, empieza al revés de lo que es habitual: en lugar de culminar su carrera con una gran obra, comienza por ella. Tendrá ahora que seguir soñando, porque no serán pocos los que intentarán despertarlo a la "realidad". Se trata de una nueva forma de mirar hacia delante, de comprometerse con los que llegan a un paso de nosotros. Con los que llegarán más tarde.

Que Alarcón sea accesible a muchos visitantes, directa o virtualmente. Para que vean, sientan y piensen. Para que sean numerosos los que puedan manifestar su parecer sobre esta realización que forma ya parte del legado artístico

conquense, español, mundial. Legado que confirma que la esperanza está, como antes indicaba, en esta función distintiva de la especie humana, que hace de cada persona un monumento único e irrepetible: la capacidad de crear. Alarcón constituye, de la mano de Jesús Mateo, por obra del arte, un mensaje de confianza en la especie humana dirigido a las generaciones venideras.

Madrid, mayo de 2004.

**Federico Mayor Zaragoza**  
Presidente de la Fundación Cultura de Paz y  
Ex Director General de la UNESCO.